Multitud de familias que habian participado de las penalidades del sitio, salieron con el ejército insurgente, dividiendo también los peligros de aquella salida tan arrojada.

Galeana luchó como un león, sosteniendo la retirada hasta tomar cuarteles en Tejacaque.

Calleja supo á las dos de la mañana que la plaza había sido desocupada; esta noticia lo llenó de entusiasmo militar, y con grandes precauciones y después de multitud de reconocimientos, hizo entrar á su reserva en la ciudad.

Destacó en seguida á la caballería sobre el pueblo que abandonaba la plaza, é hizo una carnicería espantosa en las infelices mujeres, niños y ancianos.

Los raalistas entraron á saco en Cuautla de Amilpas; se entregaron al pillaje más desenfrenado, vengándose en los inermes de las humillaciones recibidas de los insurgentes.

Calleja escribió á la Corte de México:

«El día en que justamente se cumplen cuatro meses de la toma «de Zitácuaro, ha entrado mi ejército *siempre vencedor* en Cuautla, «á las dos de su mañana.

«El enemigo *intentó* una salida, por dos puntos de la línea: fué «rechazado en el uno, y con mucha pérdida, *penetró* por la caja del «río, y en aquel momento destaqué la infantería á que se adoperase «de Cuautla. y la caballería á que siguiese el alcance tan próxima«mente que iba mezclada con él».

Recibióse la noticia en la capital: todos buscaban la lista de los prisioneros, creyendo á los caudillos de la independencia en poder de Calleja.

Ni uno solo apareció en el detall; aquello decía en voz alta que Morelos, el inmortal soldado de la patria, había roto valientemente la cadena forjada en torno de la ciudad, y que las ruedas de sus cañones habían pasado sobre los cadáveres de los sitiadores!

¡Allí estás tú, monumento augusto, con tus ruinas y tus recuerdos!...

El sol de la independencia da de lleno sobre tu frente, coronada con los lauros de tus victorias.

¡Duerme, ciudad augusta, al son de los himnos que levanten los libres ante tus muros: tú serás el *caballero alto* de la revolución, en las memorias sublimes de aquellos días!

¡Sobre esas piedras carcomidas por el bronce, se levanta la sombra de un héroe!...

IV.

Todo el ejército insurgente se reunió en Chautla de la Sal, donde pasaron revista públicamente.

Faltaban *diez y siete* hombres de la clase de tropa y un general.

El ejército entró en una consternación sombría: nadie se atrevía á preguntar, ni á inquirir, ni á aventurar una sola palabra.

En el alojamiento de Morelos estaba un joven oficial lleno de inquietud: su semblante pálido como la muerte y su mirada turbia, indicaban que estaba poseído de una pesadumbre mortal.

Llegó un correo que puso en las manos del joven una carta.

«Hijo mío:—He sido entregado á mis enemigos por mano de la traición más horrible.»

La carta estaba fechada en la hacienda de San Gabriel.

Levantóse el joven soldado, y arrojándose en brazos del general, exclamó con acento conmovido por el llanto:

—¡Mi padre, señor!... ¡mi padre!...

El ejército supo que don Leonardo Bravo, uno de los caudillos más eminentes de la revolución, había caído en poder de los dominadores.

CAPITULO XVII.

Una trajedia en la Acordada de México.

I.

José de la Luz corría á todo escape por las montañas, llevando á la hermana de Jacinto, que daba alaridos de desesperación al dejar abandonada á María en poder de los realistas.

—Cállese, señorita, cállese, que esos malditos nos siguen la pista; mire que el escándalo nos ha de traer un perjuicio.

Luz no cesaba de llorar, considerando la espantosa suerte que le esperaba á la infeliz criatura.

Muy lejos estaba de pensar que su hermano sería el protector de su amiga.

José no cesaba de azotar los caballos, que en penosa fatiga trepaban por aquellas montañas casi inaccesibles.

El guía tomaba siempre el camino del Sur, para internarse en la sierra que conocía perfectamente.

Quedándose días enteros en las grutas, caminando por la noche otros, y arrostrando un sinnúmero de trabajos, llegaron al anochecer del 1° de Setiembre de 1812, á la cueva de Michapa.

Detuviéronse á la entrada, porque escucharon gritos de dolor y sollozos hondísimos de desconsuelo.

Luz, que al ver su antigua estancia había sentido una emoción inmensa de placer, y creido entrar en el reposo que su alma tanto ambicionaba, quedó como fuera de sentido ante el espectáculo que se presentaba á su vista.

Las señoras todas de la familia Bravo yacían hundidas en la desesperación del dolor.

Algunos indígenas estaban sentados sobre las rocas, llorando también en silencio, y un grupo de insurgentes echaba ternos y juramentos en la puerta de la cueva.

Luz se acercó á Margarita que tenía en sus brazos desmayada á la esposa de don Leonardo Bravo.

—¡Luz! gritó la joven, ¿tú aquí?

—Sí; yo que he sufrido cuantas vicisitudes pueden aflijir á una mujer desdichada.

—¡Llegas en los momentos de la adversidad! gritó la joven; una desgracia espantosa está sobre nosotros.

Luz no se atrevía á preguntar.

La esposa de don Leonardo volvió en sí, y fijó sus ojos en Luz.

—¡Hija mia! exclamó: vas á perder á tu padre adoptivo; Leonardo ha caído en manos de los realistas.

—¡Dios poderoso! balbutió Luz, y sus ojos se anegaron en llanto.

Quien haya estado proscrito y perseguido, podrá imaginar todo el valor de esa situación por la que pasaba aquella familia.

—¿Pero es verdad? preguntaba la joven.

—El coronel Piedra-Santa ha traído la noticia.

—¡Piedra-Santa! exclamó la joven.

—Sí, ese bravo soldado, que en este instante va á partir para el campamento del señor Morelos.

Luz se olvidó por un momento del pesar de la familia protectora, para pensar en la dicha inmensa que le aguardaba de ver á el hombre á quien tanto amaba.

Tal es el corazón humano.

Luz salió de la gruta, y se dirigió al lugar donde tantas veces había hablado de amores con su amante; sabía que él iría en su pos luego que supiese su llegada.

Don Alfonso se entró en la gruta y dijo á las señoras:

—El señor general cree que los españoles no atentarán contra la existencia del señor Bravo... ¡ay de ellos si no sucede así!

En medio de las vicisitudes siempre es grato oir una voz de consuelo y misericordia.

—Yo, dijo la esposa de Bravo, salgo esta misma noche par México; debo estar á su lado; partir con él hasta la muerte si es preciso... yo no podría vivir en esta espectativa.

—Tiene usted razón, señora: los insurgentes la acompañarán hasta cerca de la capital; nuestros amigos se han posesionado de toda la línea, y caminará usted sin riesgo alguno; su nombre de usted es un escudo, un talismán; la prisión del señor Bravo trae conmovida á la insurgencia.

Aquel interés mitigaba un tanto la aflicción de la familia.

—Siento mucho, señora, no poder servir de compañia; pero vuelo al campo de la Sabana, donde esperamos al general, que atacará la fortaleza de Acapulco.

—Señor don Alfonso, estamos profundamente agradecidas á tantas atenciones.

—Señoras: he cumplido con un deber; yo tengo esperanzas de ver á ustedes tranquilas y salvo á mi general.

Piedra-Santa saludó á la familia, y saliendo de la gruta atravesó por el sendero que conducía á ese lugar de recuerdos para él.

Involuntariamente volvió la vista al bosque; detuvo su caballo, llevó las manos á los ojos; le parecía que soñaba, que era víctima de una alucinación.

Era que había visto á Luz bajo las ramas de los árboles y á los rayos fosfóricos de la luna.

Sombra ó realidad, era encantadora y triste aquella aparición.

Luz comprendió lo que pasaba por el corazón del mancebo, y dijo con un acento de gozo y de pasión:

—¡Alfonso! ¡Alfonso!

—Sí; su voz es esa, exclamó el guerrillero, y apeándose del caballo se encaminó con paso trémulo hacia á aquella mujer, á quien siempre amaba.

—Señora, dijo el insurgente, ¿qué hace usted aquí?

Al oir aquel acento severo, la joven se recogió como la sensitiva y retrocedió dos pasos.

—Guarda usted silencio, continuó Piedra-Santa, porque cuando se ha burlado á un hombre, cuando se le ha estrujado el corazón, se le ha hecho despertar de un sueño de felicidad para hundirlo en un abismo de infortunios, se tiene siempre un remordimiento, ¿no es verdad?

—No comprendo á usted, caballero, contestó Luz, y su lenguaje me parece harto singular.

—No nos engañemos más, señora, yo siento una humillación horrible al tener que recordar ciertas ofensas; pero es preciso.

—Deseo una explicación.

—¿La ha salvado á usted un hombre?

—¿A qué negarlo? en esa clase se encuentran corazones más nobles y generosos.

—Basta, contestó don Alfonso; nada tenemos ya entre nosotros: mi amor queda depositado en el fondo del alma, mis labios guardarán un silencio eterno.

—Pero eso no puede ser: explíquese usted, en nombre del cielo!

—Yo sé que la negativa sería la respuesta, y no puedo dejar de creer lo que he palpado... ese hombre ha dicho la verdad.

—¿Pero qué hombre es ese?

—Vuestro amante, señora, dijo con ira don Alfonso.

—¡Es usted un miserable! exclamó la joven.

—¡Y se atreve! murmuró Piedra-Santa.

—Caballero, ningún hombre me ha ultrajado de esa manera; creí que al menos por mi sexo sería acreedora á las consideraciones de un hombre; pero me he equivocado: siga usted su camino, y no me recuerde jamás.

—Adiós, señora; si ese hombre á quien ha entregado usted su corazón y ofrecido su mano, me mata en el duelo que tenemos pendiente, recuerde usted que no contenta con hacerme destrozado el corazón, me ha abierto las puertas de la tumba.

—Ese hombre está loco, murmuró Luz.

Don Alfonso saltó sobre su caballo, y á todo escape partió por la vereda con la velocidad de la desesperación.

Luego que desapareció entre los pinares, Luz cayó de rodillas en las rocas, y levantó al cielo sus manos trémulas por el dolor.

—¡Dios mío! ¡Dios mío... exclamó llorando, mándame la muerte, pero sálvale!

. . . . . .

. . . . . .

A la madrugada de esa día, la esposa del general don Leonardo

Bravo, acompañada de Luz y escoltada por los insurgentes que se corrían la palabra en las montañas, salieron de la cueva de Michapa con dirección á la capital del reino.

II.

En la Cárcel de Córte de la ciudad de México, estaba preso el general don Leonardo Bravo.

La Cárcel de Córte estaba entonces en el Palacio, hacia el baluarte de la puerta *Mariana*, y en los salones de los Ministerios de Guerra y Hacienda estaban las salas del crimen.

El edificio estaba literalmente lleno de soldados: había centinelas en las azoteas, corredores, pasillos y patios de la prisión.

Toda aquella tropa estaba á las órdenes del capitán Jacinto Castaños, uno de los realistas más acendrados, cuyo valor se había hecho proverbial en los asaltos á las trincheras de Cuautla.

En uno de los cuartos interiores de la cárcel estaba el reo, dando sus últimas declaraciones al fiscal de su causa, oidor Bataller.

—Señor Bravo, decía aquel malvado, usted contaría con algún agente en la capital para sus trabajos revolucionarios, ¿no es verdad?

—Me supone el señor oidor poco caballero, si trata de que yo me vuelva un denunciante.

—Nada menos que eso, señor; pero cuando ha llegado la hora de decir la verdad, es necesario no ocultarla.

—Yo no tengo más que decir, señor Bataller, sino que he peleado por la libertad de mi patria.

Mordióse los lábios el oidor hasta hacerse sangre.

—Voluntariamente me he filiado en el ejército independiente, y nada tengo que reprocharme.

—Es que usted ha estado en Cuautla con los bandidos.

—Yo he estado, respondió el anciano Bravo, con el general Morelos, cuya conducta no se permiten censurar ni sus más encarnizados enemigos.

—Ese clérigo no puede nunca llamarse general.

—Señor oidor, sin tener pretensiones de serlo, ha humillado á todos los militares del ejército realista.

Bataller iba á estallar; pero seguro de su venganza guardó silencio por unos momentos.

—¿Y cuántas batallas ha perdido usted? preguntó en tono incisivo.

—*¡Ninguna!* contestó Bravo con arrogancia.

—Sois irrespetuoso con vuestro juez, gritó el oidor, haciendo una explosión de rabia infernal.

—Más bajo, señor oidor, más bajo, dijo el prisionero; que álguien puede escuchar á usted.

—No importa; voy á extender la sentencia.

—Ya la supongo extendida.

—La suponéis bien; porque vuestras palabras é insistencia os condenan.

Bataller salió de la cárcel hecho un tigre.

En el camino encontró una multitud de jente formando corrillos amenazadores, lo que puso en inquietud su espíritu.

—Estos insurgentes malditos están ramificandos por todas partes, y nos es difícil que nos hagan una de todos los diablos... quien sabe si convendría indultar á Bravo... ¡demonio! un motin sería cosa de perder la cabeza... á mí me traen entre ojos desde hace tres años... eso de morir ahorcado no me hace mucha gracia... veremos á Venegas, en todo caso le echaremos encima la responsabilidad.

Llegó el oidor á palacio, y fué introducido á la cámara virreinal.

Venegas, aquel hombre fátuo y miserable, estaba recostado en un sillón con un aire de conquistador, ocultando el pánico que hacía tiempo lo tenía desmoralizado.

Su Excelencia hablaba de la situación con el auditor Foncerrada, cuando entró Bataller.

—¿Qué cosa nos dice el buen oidor? preguntó Venegas.

—Nada y mucho, Excelentísimo Señor.

—No comprendo bien.

—Yo no sé ocultar la verdad.

—Ni he tratado jamás de que me la ocultéis, dijo el virrey, por lo cual los pueblos han dado en llamarme el *justiciero*.

—Es verdad Excelentísimo Señor, exclamó Foncerrada.

—Decía, que me ha parecido ver en las calles síntomas de una asonada.

—Ya había tenido el honor de hacérselo presente á Su Excelencia, dijo Foncerrada.

—Yo no tengo miedo de nada, dijo con petulancia Venegas; pero deseo evitar la efusión de sangre, no quiero ametrallar á la canalla.

—Bien dicho, Excelentísimo Señor, exclamó Bataller, yo soy de la misma opinión.

—Había pensado conmutar la pena de muerte que de seguro debe imponerse á Bravo, en confinamiento.

—Precisamente en destierro, Excelentísimo Señor, dijo Bataller.

—Perdone su Excelencia, observó Foncerrada, pero yo no estoy de acuerdo con esa opinión; Bravo es una persona influente en la revolución, y esa circunstancia hace necesario un escarmiento con él: se diría mañana que el castigo se reservaba para los infelices, y que los caudillos gozaban de inmunidad.

—Eso no es exacto, dijo Bataller, ahí está Hidalgo y Allende y otra porción de personajes con cuyos ejemplos pudiera demostrarse lo contrario.

—Es que estamos en la segunda época de la insurrección, y es de absoluta necesidad manifestarse severos é intransigentes sin dar un síntoma de debilidad.

Aquel miserable le hablaba en su idioma al corazón infame de Venegas.

—Insisto, dijo Bataller, en que es necesario algún tacto político.

—Eso es precisamente lo que me caracteriza, dijo el virrey, y os anuncio que estoy resuelto á hacer un escarmiento público con ese cabecilla de la insurrección.

Los oidores se despidieron de Venegas, y al salir del palacio dijo Bataller á Foncerrada:

—Yo me lavo las manos, Bravo muere por manos de un *criollo*.

—Lo soy, contestó Foncerrada, pero soy adicto á mi *religion* y á mi *rey*.

III.

La sentencia de muerte fué comunicada al caudillo insurgente, notificándole que desde luego entraba en *capilla*.

Bravo la escuchó con serenidad, su conciencia no le acusaba de crimen alguno, y estaba dispuesto á comparecer ante *Aquel* que debe pesar nuestras acciones en la balanza eterna, para pronunciar su fallo soberano.

Un sacerdote penetró en la prisión, y oyó en su tribunal al héroe, que recibió los consuelos del cristianismo con la filosofía de un hombre pensador.

La desgraciada esposa del reo había llegado á la capital y pretendido en vano dar un último adiós á su compañero.

Los verdugos se mostraron inplacables ante aquel gran dolor. Frente á la cárcel estaban dos mujeres queriendo penetrar con sus miradas las gruesas paredes del edificio.

Junto á ellas y sentado en el dintel de una puerta, estaba un hombre con el traje de los campesinos; era José de la Luz que no se apartaba un solo instante de aquellas infelices.

Llegóse á él un embozado y dijo al oido: José, sígueme.

El guía iba á dar un grito, cuando el embozado le tapó la boca.

Echaron á andar algún trecho, y el embozado se descubrió.

Era Vildo, el asistente de Piedra-Santa.

—¿Qué haces por aquí, hombre de los infiernos?

—Nada, á mí me encargó el señor Morelos á la niña María, y no la he perdido de vista.

—¿No te han conocido?

—Ya estaría yo ahorcado.

—Dices bien.

—Oye de lo que se trata; ¿te acuerdas del hijo del tío Blas?

—Vaya, si no he podido olvidar al demonio de Jacinto.

—Pues ese maldito es capitán de los gachupines, y el que está cuidando al señor Don Leonardo, dile á la niña que le hable, y es negocio arreglado, nos lo sacamos esta noche.

—Voy al instante, respondió José de la Luz, y se fué en derechura á sus amas.

—Señoritas, aquí está Vildo, ya lo conocen ustedes... el asistente de mi coronel Piedra-Santa.

—¿Y bien?

—Me ha comunicado que Jacinto, el hijo del tío Blas, es el guardador del amo Don Leonardo, y que en queriendo ya...

—El cielo nos ayude, dijo Luz, vamos á verle.

—Yo no me separo de aquí Luz las tropas se están formando á lo largo de la calle, y no sé lo qué va á suceder.

—Yo me arrojaré á los pies de mi hermano, y haré un esfuerzo supremo para salvarle.

—Vé hija mía, dile á tu hermano que arranque del cadalso á su protector, que yo voy á morir de angustia, que lo haga en memoria de su padre.

Luz se encaminó á la casa de su hermano guiada por José, que seguía á los lejos á Vildo.

Ya la noche estaba cayendo cuando Luz penetró en el aposento de su hermano.

Llamó á la puerta, y se dejó ver una joven que ya conocen nuestros lectores.

Las dos amigas prorumpieron en un grito de sorpresa y se estrecharon en un fuerte abrazo.

—¡Luz¡

—¡María¡

—¡Te encuentro al fin, amiga mía!

—¡Sí, hermana, he sufrido mucho; pero soy feliz en este momento!

—Me había olvidado con el placer de verte... ¿dónde está mi hermano?

—En estos momentos lleva al señor Bravo á la Acordada, donde mañana será ahorcado.

—¡Díos mío! ¡Dios mio! eso no puede ser, María, ese hombre ha sido nuestro protector, nuestro padre, y Jacinto no será su verdugo, Dios lo castigaría.

—Tu hermano tiene un odio irreconciliabile á esa familia.

—Jacinto es un mónstruo de ingratitud.

—Espérale, debe venir esta noche.

—Sí, lo esperaré, y oirá de mis lábios lo que su conciencia le está gritando... ¿pero tú, qué haces en esta casa?

—Escúchame: tú hermano por una de aquellas rarezas de su carácter, se ha hecho mi protector, defendiéndome de los peligros que me rodean en mi orfandad.

¿Y no te ha requerido de amores?

—Nada; por el contrario, me ha hecho pasar por hermana suya, y yo he usurpado hasta tu nombre, aquí me llamo Luz como tú.

Una idea atravezó como relámpago por el cerebro de la joven, y preguntó con inquietud á su amiga: ¿no has amado á nadie?

María guardó silencio.

—Habla, por Dios.

—Jamás te he ocultado mis secretos, y debo revelarte hoy esta historia de desventura.

Luz estaba profundamente inquieta.

—Te he dicho que el capitán Castaños, como hoy se hace nombrar tu hermano, me ha protejido solo por intercesión de nuestra amistad, yo le estoy profundamente reconocida... aquí se han reunido varios de sus camaradas, y entre ellos un joven apuesto y distinguido, el capitán Edmundo Fonterravía... la frecuencia de sus visitas y las grandes estimaciones de que he sido objeto, bien pronto me declararon

que el capitán me amaba, tú sabes que mi corazón jamás se había despertado; pero yo sentía una vaga tristeza, un malestar profundo, un deseo irresistible por estar al lado de ese hombre, por oirle, por saber en fin, que yo era el objeto de su cariño... cuando el alma se siente abandonada, y el mundo parece huir delante de nosotros, y el desierto de la existencia se prolonga, entonces necesitamos en el tránsito, una alma que nos comprenda, un brazo amigo de quien apoyarnos.

—¿Y le has amado como yo á Don Alfonso?

—Sí, le idolatro, pero la desgracia lo ha arrebatado á mi cariño... en uno de los ataques dados á la ciudad de Cuautla, cayó prisionero... ¡tu hermano creyó que había muerto, y al noticiármelo, sentí que me faltaba hasta el aliento!... después recibí un billete que me traje un desertor de la plaza, ¡cuanto fué mi gozo al saber que existía!... para calmarme me dijo que estaba preso en el alojamiento del coronel Piedra-Santa, de quien era íntimo amigo.

—Todo lo comprendo ahora, ¡desgraciado!

—Explícame por compasión esas palabras.

—Tú has tomado mi nombre, el capitán Edmundo Fonterravía ha contado á don Alfonso sus amores con la supuesta hermana de Jacinto, y entre los dos hay una promesa de duelo á muerte.

—Perdóname, yo no podía ni aún siquiera imaginar esta coincidencia fatal... ¡aún es tiempo de aclarar todo!

—Yo ignoro el sitio donde se encuentran; además, quien sabe si en estos momentos ya se habrán batido, porque Edmundo vá preso con los insurgentes.

Las jóvenes guardaron un silencio de ansiedad espantosa, cada una creía ver muerto á su amante, y entre aquellas conjeturas iba á tenderse un abismo de resentimientos.

IV.

Pasaban las horas impelidas por el aliento poderoso del tiempo.

El virrey, temiendo una asonada, mandó que la ejecución se verificase en uno de los patios de la Acordada.

El batallón de América y otros cuerpos expedicionarios, se formaron en toda la carrera, y se municionaron como si se tratase de una batalla.

Un desgraciado oficial que se hacía llamar «el conde Colombino» fué el comisionado para conducir al general Bravo, que según cuenta la historia, marchó con la misma dignidad y entereza conque avanzaba en campaña sobre sus enemigos, y con la misma se condujo en los días de la capilla.

Pasó la noche del 13 en esa agonía de espectativa que abrasa el corazón la víspera de un gran crímen.

Amaneció el lúnes 14 de Setiembre de 1812.

El tablado se puso en el centro del patio principal para darle *garrote vil* al general Bravo.

¡Garrote vil! oidlo, es necesario no olvidarlo jamás; !muerte infamante á un héroe!

El capitán Castaños entregó á los verdugos á la ilustre víctima, y temiendo ser reconocido por su protector, se retiró á su alojamiento.

¡Cual fué la sorpresa de aquel malvado, al ver á su hermana que se arrodilló á sus pies y los bañó con lagrimas!

—¡Levanta!... ¡levanta!... ya te escucho, ¿qué quieres?

—La vida de nuestro padre adoptivo, gritó la joven.

—Yo no puedo hacer nada.

—Aun es tiempo; en nombre del cielo sálvalo, y mi padre te perdonará.

—¡Calla! gritó Jacinto, ¡calla! que esa sombra viene cuando la evocan... tú no sabes que el extravío del corazón me ha traído hasta aquí... ¡yo no soy culpable, no, no lo soy!

—¡Que el tiempo avanza! gritaba Luz... lo van á matar...

—¡Soy impotente para arrancarle de manos del verdugo!

— Has un esfuerzo supremo... te lo ruego por nuestra madre, que murió de pesar cuando la abandonaste... aun puedes revindicarte con el cielo... nuestros padres te bendicirán desde la tumba.

En aquellos momentos las campanas de las iglesias dieron el toque solemne de *rogación*, anunciando que el alma del caudillo llegaba á los umbrales del cielo.

Hubo un instante de silencio, en que los actores de aquella escena estaban con el vértigo del espanto.

Levantóse Luz, terrible como la justicia divina.

—¡Miserable! exclamò con torvo acento, has hundido á tus padres en la tumba, y asesinado á tu benefactor.... queda entregado á los horrores de tus remordimientos... la maldición de Dios estallará más tarde sobre tu cabeza... desgraciado de tí, que estás condenado á la expiación sobre la tierra.

Jacinto estaba trémulo como un reo delante de su juez, la frente sudorosa, y el semblante desencajado.

Cuando levantó la cabeza, la joven había desaparecido.

En la noche da aquel tristísimo día, tres mujeres cubiertas de luto, estuvieron llorando sobre el cadáver del ajusticiado.

Siguieron después el ataud hasta el cementerio, oyeron retumbar la tierra sobre la caja, besaron aquel suelo bendito, y tomaron rumbo fuera de la ciudad.

A corta distancia iban dos hombres del pueblo seguidos de un perro que daba ahullidos espantosos.

—*Caifas* ha olido la muerte, dijo uno de los hombres.

El otro no respondió... las lágrimas le habían estrechado la garganta.

Aquella fúnebre comitiva se perdió entre la oscura sombra de la noche, como los espíritus en los pliegues de las tinieblas.

V.

El general don Nicolás Bravo, hijo de la víctima, acababa de derrotar á los realistas en un combate, haciéndoles más de trescientos prisioneros.

Ignoraba el arrojado joven la terrible desgracia que caía como una sombra sobre aquel hogar, antes tan tranquilo y lleno de felicidad.

Esparcióse la noticia en los pueblos y ciudades, hasta llegar al paraje donde estaba el hijo infortunado del mártir.

Antes de recibir noticia alguna enviada por sus amigos y parciales, ya en los cuarteles se sabía la nueva fatal, y la efervescencia más terrible y el coraje más desesperado se apoderaba de los insurgentes.

El cariño que profesaban al general les hacía guardar silencio; pero la tormenta no dilataba en estallar.

Llegó al fin un correo, terrible mensajero para el soldado, que dormía al rumor de sus victorias.

Abre el pliego, pasa su vista por aquellos fúnebres renglones, un vértigo ataca su cerebro, y cae desplomado dando un furioso grito.

Los ayudantes lo levantan y procuran tranquilizarlo; pero el hijo llora con todo el esfuerzo de su alma la muerte de su padre.

El velo estaba roto: los insurgentes salen en tumulto de los cuarteles, llevando á la plaza á los prisioneros para inmolarlos.

Todo aquel torrente respira venganza, venganza formidable, que tenía trémulos de espanto á los realistas.

Se oye el rujido del pueblo como el del Océano, y crece, y crece pujante como el huracán.

—¡Mueran los prisioneros! gritan los insurgentes, y aquellas voces se convierte en una sola, retemblando como el estallido del rayo.

Los prisioneros esperan de un momento á otro el golpe del acero sobre sus cabezas; creían llegado su último momento.

—¿Qué pasa? preguntó Bravo saliendo de su estupor.

—Señor, dijo uno de los jefes, los soldados del general Bravo piden venganza, y desean que se les entreguen á los prisioneros.

El clamoreo continuaba como los truenos del cielo.

Aquella era una escena del infierno: los rostros descompuestos, las fisonomías salvajes, las voces estentóreas, y todo entre el sonido de las armas y algunos disparos.

Nada hay más temible que la cólera popular.

La multitud estaba frente á la casa del general, chocando como las olas sobre aquellos muros, en un extrépito horroroso.

Se oía el grito de los niños asustados y las imprecaciones de las mujeres, que estallan con más ardor en sus ódios y resentimientos.

El general aparentaba serenarse por momentos; la primera lluvia del dolor había refrescado su espíritu.

Pensó al principio tomar venganza de aquel terrible golpe; después su semblante se aclaró como el cielo después de la tempestad.

Alzóse de su asiento y se dirigió resuelto al balcón.

Luego que el general se presentó á la vista de sus soldados, pálido intensamente por la aflicción, cuando se renovó la gritería con más extrépito

El joven hizo señal de que guardasen silencio.

Como Dios aquieta las olas encrespadas del Océano, así aquel hombre impuso un silencio solemne á sus soldados.

—¡Compañeros, dijo con voz conmovida: vuestro general acaba de sufrir el último suplicio... esa es la muerte de los héroes!

La patria necesitaba su sangre para ungir su bendito suelo... su sombra está delante de nosotros, para animar nuestro espíritu en la lucha que sostenemos.

Cada mártir que asciende al suplicio, es un ejemplo más de heroismo para los defensores de la independencia.

Pedís á gritos el sacrificio de los prisioneros; eso sería imitar la conducta odiosa y reprobada de nuestros enemigos...

Yo estoy más ofendido que vosotros... ¡yo que he perdido á mi padre!...

Nadie osaba interrumpir al general: la admiración había sustituido á la ira.

—Yo quiero vengarme en nombre mío y en el de vosotros; pero mi venganza humillará á nuestros adversarios.

Compañeros: no vertamos sangre sobre las tumbas de nuestros mártires... ellos quieren los laureles de la victoria, y no los despojos de los combates ni de las grandes matanzas.

En nombre de las víctimas sacrificadas por la ferocidad de los dominadores; en nombre de vosotros, y delante del cadáver de mi padre y de vuestro general, perdono á los prisioneros, y mando que sean respetados hasta volver á sus hogares.

Las grandes acciones hallan siempre un eco en el corazón del hombre.

Levantóse un grito de entusiasmo y admiración; los prisioneros cayeron de rodillas, y arrancaron del fondo de su alma un himno al Dios de las misericordias.

Un viva á la América se desprendió de la multitud: era que los prisioneros se acogían á la bandera sacrosanta de la libertad.

. . . . . .

Esos rasgos sublimes de heroismo, que están fuera de las estendida órbitas del corazón, son meteoros luminosos que se desprenden de siglo en siglo del espíritu humano.

CAPITULO XVIII.

De una fecha memorable en la historia de México.

I.

Morelos había realizado empresas dignas de la *edad media*: su ataque á Oaxaca, el sitio de Acapulco, y cien y cien combates y encuentros en los que había salido siempre victorioso, le daban el renombre que hoy alcanza en la historia contemporánea.

Los insurgentes tenían una inmensa línea disputada por los realistas constantemente, y recobrada á fuerza de valor y de heroísmo.

Rayón, el sucesor de Hidalgo, no daba tregua ni descanso al ene-